

RAMÓN DE CAMPOAMOR

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Qué bueno es Dios!

POEMA EN DOS CANTOS

Precio: 30 cénts.

Valencia: Impr. Domenech

¡QUÉ BUENO ES DIOS!

POEMA EN DOS CANTOS

—○—

(**Cuaderno 35** de la Biblioteca *Para todo el Mundo)*

IMPRENTA DOMENECH

Talleres: Paseo de la Alameda

(Teléfono núm. 17)

Oficinas: Mar, 48

(Teléfono núm. 14)

PARA TODO EL MUNDO
Biblioteca semanal, cómica, ilustrada, con ribetes de séria

CUADERNO 35

¡QUÉ BUENO ES DIOS!

POEMA EN DOS CANTOS

POR

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR
(De la Academia Española)

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FELIX PIZCUETA
Cronista de Valencia

DIBUJOS DE D. L. RAMÓN Y DE D. J. ZAPATER

Fotograbados de F. Domenech



Federico Domenech, Editor: Mar, 48
VALENCIA

PUNTOS DE VENTA DE LA BIBLIOTECA

—

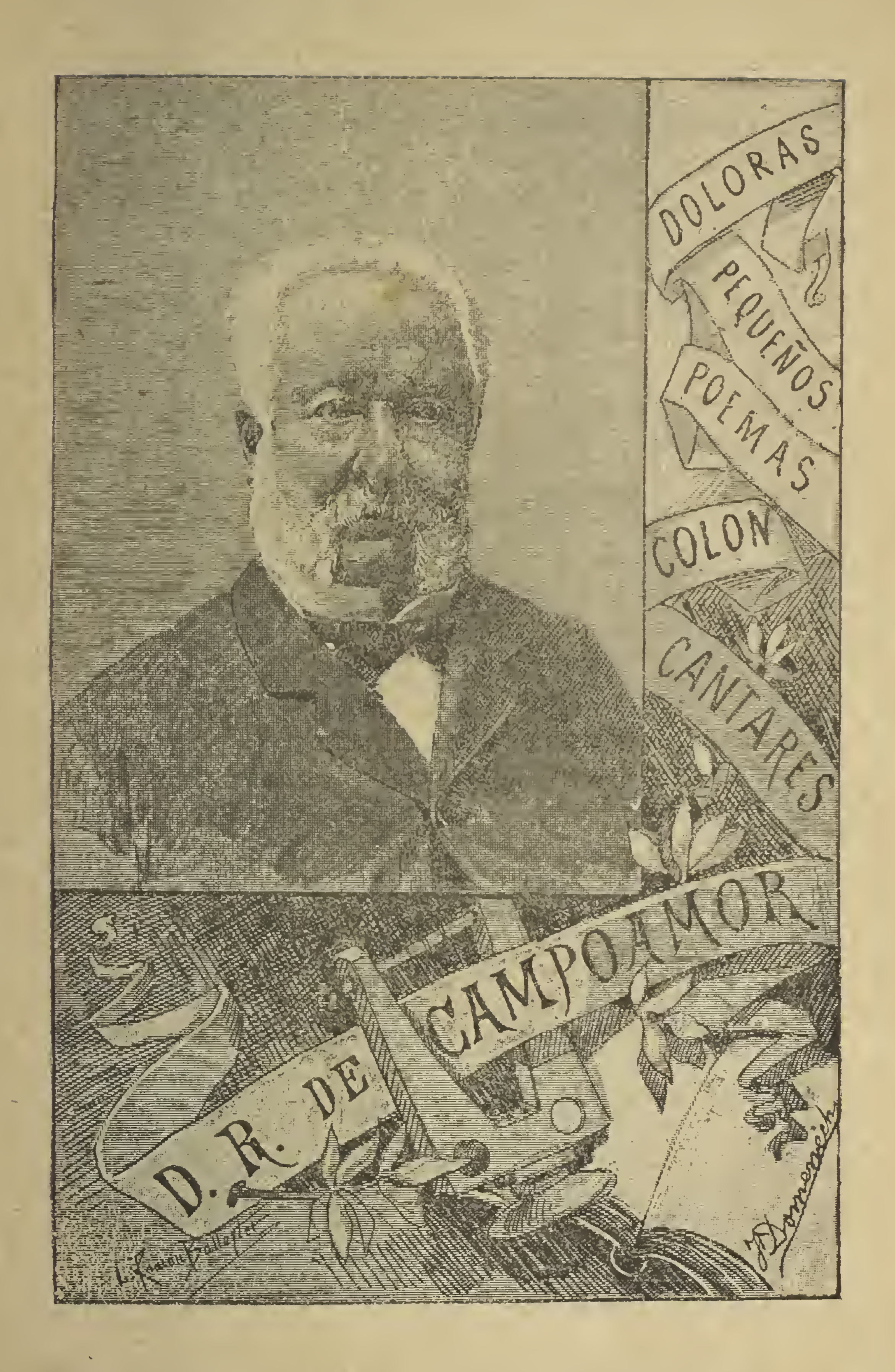
ESPAÑA.—En todas las librerías y kioskos.
HABANA.—D. Clemente Sala.—O' Reilly, 23.
MÉJICO.—Sres. Ortega y Vazquez.—Primera de Santo Domingo, 12.

Tomos sueltos, 30 céntimos de peseta.

Suscripción á domicilio, por series de diez tomos, en toda España, 2'50 pesetas: en el extranjero los mismos precios con el aumento que el timbre reclame.

A mi amigo el ilustre poeta valenciano D. Teodoro Llorente.

Campoamor


DOLORAS
PEQUEÑOS POEMAS
COLON
CANTARES
D. R. DE CAMPOAMOR

CUATRO PALABRAS Á MANERA DE PREFACIO

Se trata de D. Ramón Campoamor, una de las personas de la república de las letras que me es más simpática; se trata del valenciano del Norte, como él se llama á sí mismo; se trata de un poema suyo, cuya publicación es siempre un acontecimiento literario, que ve la luz pública por primera vez en Valencia y en una *Biblioteca valenciana*, que se titula con gráfica expresión PARA TODO EL MUNDO, y que dirije un valenciano—áun cuando él no quiera serlo—de tanta inteligencia y *sprit* como Manuel Torres Orive, infatigable abrumador de la prensa política y literaria, del periódico sério y del periódico festivo, del libro y del folleto, de la hoja suelta y del remitido batallador. Está el *poema* de D. Ramón Campoamor dedicado á un valenciano, por varios títulos ilustre, á Teodoro Llorente; figúrese el paciente lector cuánto me halagaría la proposición de Torres Orive, encaminada á que yo, el más valenciano de todos mis compatriotas—que en esto no cedo la supremacía á nadie—escribiese un prólogo para el inédito poema, intitulado ¡QUÉ BUENO ES DIOS!

¡Prólogo! ¿Le necesitan acaso las obras de Ramón Campoamor? —y perdóneme este la llaneza en el trato.—¿Necesita lo que produce su poderosa inteligencia y su inspiración inagotable, anuncios, reclamos y propaganda, que por tales tengo y reputo los prólogos?

De Campoamor puede decirse lo que el escolapio poeta—también paisano nuestro—decía de Napoleón:

Mi nombre me basta á mí.

No he de hacer un prólogo, sinó una semblanza á mi modo y como Dios me de á entender, del más fecundo, original y personalísimo de nuestros poetas contemporáneos. Él, Campoamor, no es Ercilla, ni Calderón, ni Lope, ni Rioja, ni Garcilaso, ni Fray Luis de León, ni Melendez Valdés, ni Arriaza, ni Quintana, ni Zorrilla; pero en el privilegiado crisol de su cerebro se han fundido todos los sentimientos, esperanzas, dudas, hastíos y melancólicas displicencias de éstos, y ha resultado una personalidad inequívoca é imborrable la del autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*.

Le conocí cuando era yo niño aún, allá en el año de 1854, presidiendo una procesión del Corpus—y perdóneme este recuerdo el autor de su *Vida é ideas con respecto á la religión*. Era entonces gobernador civil de mi provincia, y vestía el uniforme propio de su cargo. También era muy joven aún; la nieve no había empezado á blanquear su poblada cabellera ni sus espesas patillas; su figura tenía la arrogancia y la dignidad aquellas que no pueden confundirse con el orgullo incivil, y que nosotros quisiéramos ver en todos cuantos representan el principio de autoridad. En este trasiego contínuo é incansable de delegados del poder en provincias, se ha llegado de etapa en etapa tan al ménos, que es necesario recordar tipos como el de Campoamor, para comprender la idea benéfica y suprema de la autoridad, que no manda, que no impone, que no domina, sinŏ que atrae al cumplimiento del deber por la fascinación que personalmente se ejerce sobre los gobernados.

Al día siguiente refería yo á mi amigo Paco Mercé, la impresión que en mí había producido Campoamor, vestido de gala. Paco, á su vez, refirió nuestra conversación á su hermano mayor D. José, Diputado á Cortes á la sazón, quien por amistad y correligionarismo, hasta cierto punto, quería mucho á D. Ramón.

Mercé me dijo:—«Es poeta como tú.»—Yo le perdoné el mal modo de señalar.—«Tengo poesías suyas, que leerás cuando vengas á casa, porque no he de soltarlas tan fácilmente para que se extravíen por esos mundos de Dios.» Y me dió impreso el

poema *Colón*, el más valenciano de sus poemas, según él mismo asegura, y las primeras *Doloras* que compuso, entre las cuales estaba esa que todo el mundo sabe de memoria, porque en todos ha conseguido herir una fibra de su corazón.

Yo era entonces un progresista fanático, y el único pero que encontraba en D. Ramón era que estuviese entre nosotros á título de gobernador moderado. Manifestéle á Mercé cuánto me desplacía esta circunstancia en hombre que tan simpático me era, y Mercé me contestó sonriendo y encogiéndose de hombros. Creí que aquella sonrisa y aquel movimiento de hombros eran de desdén á los *principios políticos*, que instintivamente y por tradición de familia yo profesaba; pero el hermano de mi amigo me sacó de la duda, diciendo:

—Mira, á Ramón Campoamor le pasa en política—y que perdone la comparación—lo que á aquellos galeotes de Cervantes, que aunque los *llevan van de por fuerza.* Él no ha hecho más profesión de fe que la de poeta. Está á nuestro lado por accidente. Si como hizo unos versos á Cristina en el destierro, los hubiese escrito á Espartero en la expatriación, si la juventud de vuestro partido fuese tan pulcra, tan atildada, tan sapiente en la apariencia como esa que llaman juventud dorada del nuestro, Campoamor, por cariño á la estética, sería progresista. ¿Qué le importan á él las definiciones dogmáticas de partido? En donde quiera que haya tres hombres inteligentes, sueltos y presentables, allí se encuentra bien él. Es adorador de las buenas formas, es epicúreo en la expresión más propia de la palabra. Progresistas, moderados, son calificativos que él pospone al más comprensivo de personas decentes. Tiene instintiva aversión al vulgo, ya sea el ignoro de la plebe, que el pretencioso de las clases más elevadas.

Ya sabes que ha sido gobernador civil de Castellón; pues bien, durante su mando en la Plana, ha sido esta una cosa así como la República Helvética, ó como la de los Estados-Unidos para los que impulsaban á viajar contra su voluntad, la astucia del *maestro* Carbonell ó las violencias de Alejandro Castro.

De la misma manera se ha portado en Alicante, en donde, á

pesar de su horror ingénito á la populachería, se ha confundido con las turbas en momentos verdaderamente difíciles, cuando una epidemia amenazaba á la provincia. Aquí, añadió Mercé, aquí hace algo más grave, sin conciencia, por supuesto; deja que conspiren á la puerta misma de su despacho los Mascarós, Benedito, Sales, Calvet, Catalá y demás ídolos de la religión esparterista. En tanto, se afeita él, colgando el espejo en el marco de los cristales del balcón, y ve desde allí cómo la rolliza labradora dicta su carta, con gestos y actitudes de impaciencia, al estúpido memorialista que ocupa el portal número 2 de la calle de Cadirers, y surge, como por ensalmo, del fondo de su imaginación al abarcar aquel cuadro la idea de esa dolora: *¡Quién supiera escribir!* Ramón Campoamor no es político; se vistió de moderado para hacerse presentable en sociedad; mañana adoptará el traje que vosotros querais con tal de ser limpio, decente y un si es no es aristocrático».

Más tarde, estas afirmaciones de Mercé, referentes al descreimiento político de Campoamor, las ví confirmadas por este mismo, y en letras de molde, para que tuvieran mayor autoridad sus declaraciones. Iba D. Ramón con los Sres Sangüesa, conde de Ripalda y Wite y Llano á una romería por los pueblos del Maestrazgo, cuando una turba de paisanos, jadeantes y polvorosos, intentaban seguir á pié el paso agalopado de los caballos montados por nuestros expedicionarios. Los peones saludaron á los caballeros al aproximarse á ellos en esta forma: «Nosotros también somos sus partidarios.» A lo cual replica Campoamor para su sayo ó para el del lector de su obra «El personalismo:»

«¡Pobres partidarios nuestros! ¡Dios les dé una dicha tan enorme como su fe! Ellos, al ménos, saben de qué partido son. ¡Quién supiera otro tanto!»

Campoamor salió de Valencia, impulsado por un pronunciamiento militar; que aquello no fué, ni de mucho, una revolución. Lo hicieron media docena de generales, capitaneados por el absolutista O'Donnell, teniendo por áulico consejero á este mismo Cánovas de hoy, y por cantor de sus hazañas á D. Cristino Mar-

tos, quien empezaba entonces á esgrimir con sin igual desparpajo la péñola y la lengua. D. Ramón Campoamor no huyó, sinó más bien hubo de recorrer en triunfo las calles de esta morisca ciudad, rodeado de sus amigos, saludado con respeto por las multitudes, y prestando apoyo con su brazo, al entonces tembloroso y débil de la hermosa y discreta Guillermina, que ha compartido con él más de la mitad de los sinsabores de la existencia.

Dos años después—y era de esperar—volvían las aguas por donde solían ir. O'Donnell triunfaba de la revolución, de las Cortes y de Espartero, quien tampoco hizo nada para impedir aquel golpe de fuerza. La situación, con más ó ménos afeites y postizos, era conservadora pura, pero en honor de la verdad, hizo todo lo posible para no parecerlo. A falta de inteligencia, O'Donnell tenía instinto. Adivinaba por intuición, que lo que destruye un movimiento más ó ménos revolucionario, no vuelve á aparecer en las mismas condiciones. Se rodeó de personas inteligentes, y que fuesen garantía para la libertad de la patria. Campoamor le siguió, Dios nos perdone si nos equivocamos por falta de memoria, pero hay dos hechos que demuestran la influencia que entonces ejercía.

Dos patricios valencianos, Feris y Catalá, fueron confinados á un convento de Ocaña, por el capitan general de este reino, don Diego de los Ríos y Rubio, especie de Martinez Campos de aquellos tiempos, y á poco regresaban los desterrados á sus hogares, merced á la espontánea intervención de Campoamor.

Por no recuerdo qué cuestión con la Marina de Guerra, es nombrado ministro del ramo el Sr. Ulloa, paisano y hombre civil ilustradísimo. Esto no era nuevo: Sotelo y el marqués de Molins lo habían sido, acaso con más provecho para la nación que los que usaban entorchados y galones. Campoamor defendió la medida en un periódico. D. Juan Bautista Topete, revolucionario después, quiso vengar los agravios inferidos á la *clase*, y buscó al periodista y le encontró, para llevar, por desgracia suya, *la ceniza en la frente*, que conservó aún en medio de sus triunfos revolucionarios.

No se si aquel día escribió D. Ramón alguna *Dolora*, pero

debió hacerla, y la oculta con aquella delicadeza que es ingénita en él.

Desde entonces, salvo sea el período de la revolución de Septiembre, Campoamor lo ha sido todo: diputado á Cortes, aún por la misma circunscripción de Madrid; director general, consejero de Estado, creo que hasta subsecretario, y no ha sido ministro porque no le ha dado la gana. Creo yo que esos ministros no se hacen de la pasta de Campoamores.

Pero en medio de esta agitada y tormentosa existencia, él no ha olvidado la única finalidad de su vida: amar, sentir, creer, yo no se en qué, pero en último estremo sentir en algo ó por algo; esa ha sido su divisa.

Y ha hecho versos, y ha vaciado en ellos su alma, que contenía los recuerdos de las juveniles aspiraciones, las dudas de la edad adulta, y los tristes desengaños de otra edad más avanzada, y los leía á todos: al ministro en su despacho, al amigo en la calle, al prócer en su regio aposento; á mí me los leía en una casa humilde de una calle más modesta todavía, en esta ciudad y hace más de 20 años.

No se quién por primera vez me presentó á Campoamor, áun cuando esté dispuesto á jurar que fué Enrique Villarroya, diplomático entonces, y representante no se de qué corporación, asamblea ú organismo en el Congreso de Malinas.

Vivía á la sazón Campoamor en la plaza de Oriente. Sus reuniones en determinadas noches no tenían nada de fastuosas; el carácter franco y la sencillez de costumbres que distinguían á don Ramón y á Guillermina, se retrataban hasta en sus *recepciones*.

Allí conocí á Daniel Ordoñez, que ha sido ya Director general; á Ochoa el menor, cuyo talento me pareció privilegiado, y á otros muchos cuyos nombres siento no recordar.

En cuanto á las señoras, no recuerdo, ni quiero, más que á Guillermina y á la marquesa de la Constancia, delicadas y aristócratas ambas, en la verdadera acepción de la palabra.

Por entonces se preguntaba todo el mundo: «¿Qué es *Dolora*?» y nadie podía dar contestación explícita y cabal á esta pregunta.

El mismo autor de *Las Doloras* no sabía definirlas; las adivinaba, cogíalas al vuelo entre la nube de esperanzas y recuerdos que veía cruzar por delante de sus ojos.

Eso no se define, decía Campoamor; eso se hace. Yo adivinaba lo qué *Dolora* era, y en la reunión próxima, ofrecí á la consideración de aquellos respetables contertulios la siguiente.

Debo advertir que Campoamor la tomó como de buena ley.

Decía así:

LAS DOS COPAS

Creyendo el mundo al nacer
Un festín, con loco aliento
Cogimos para beber,
Tú la copa del placer
Y yo la del sufrimiento.
Apenas probaste osado
Su licor, quedó vacía,
Mientras yo, desventurado,
Estoy de beber cansado
Y aún tengo llena la mía.

A Campoamor le pareció que era en efecto *Dolora*. ¿Quién lo podía saber mejor que él? Pues esto que debiera estimularme para escribir otras, fué causa de que no quisiese hacer más. Repetí la lectura de las de Campoamor, y hube de convencerme de que nunca podría yo escribir sus verdaderas *Doloras* auténticas, positivas, de esas que llevan la única marca de fábrica posible; la de ese sentimiento hondo, ese espíritu admirable de convicción, ese ingenio sutil que se amolda como el de nadie para expresar las más grandes ideas, los más trascendentales pensamientos, en forma que, por ser llana, no deja de tener una hermosura poética fascinadora.

Eso solo lo posee Campoamor, quien vive, piensa, siente y se expresa como el hombre del agitado siglo en que vive. Sus *Doloras*, sus obras dramáticas y sus *Pequeños poemas*, son una misma cosa; la queja amarga de dolores positivos, la condenación en sangrienta burla de los defectos ó imperfecciones del espíritu, ora

individuales, ora colectivas. Campoamor no se parece á nadie; es él mismo, el que tiene más personalidad propia que todos los poetas coetáneos; él ha llevado al acerbo común de nuestro Parnaso un fondo de razón y un medio de expresión que son suyos propios y de nadie más.

Por ello me he sonreido siempre con desdén cuando se ha pretendido buscar semejanzas y conexiones entre Campoamor y otros poetas, señalarle una filiación, y determinarle una escuela.

¡Bueno es D. Ramón de Campoamor para subordinaciones! ¡No las ha guardado en el terreno político que es en donde más parecen imponerse, y ha logrado hacer rancho á parte, cuando su conciencia y su razón así se lo aconsejaban, é iría á someterse como recluta á servir en un regimiento literario, y á las órdenes de un jefe, acaso ménos conocedor que él de los deberes y riesgos que van anexos á esa milicia!

Decía muy bien, cuando decía nuestro querido amigo Amalio Jimeno, también en un prólogo, en el de la última edición de los *Pequeños poemas*, que Campoamor no sigue las huellas de Alfredo de Musset como ha pretendido Quesnel, ni imita aún remotamente á Heine, ni tiene punto alguno de contacto con Lord Byrón. «El verso poético de Campoamor, afirma Amalio, no se parece á ningún otro.»

Esta es una verdad axiomática. Para ser original en todo, nuestro poeta lo es hasta cuando *hace* filosofía, como decimos ahora los galicistas ilustrados. Decidme en qué se parece su «Personalismo» á esos tratados farragosos de una ciencia, hasta el presente demoledora, y que cuando quiere empezar á crear, cae en la cuenta de que desconoce el arte de la edificación racional.

Pero volviendo al objeto, acaso único de este insignificante trabajo, yo no puedo leer los versos de Campoamor sin emoción. Me conmueven si hay en ellos quejidos dolorosos, risas de desesperación, golpes implacables, sátiras que hacen enloquecer de vergüenza á los réprobos ó simplemente miserables.

Un día, D. Ramón de Campoamor, consiguió arrancar á mis

ojos torrentes de lágrimas: el día en que le oí leer á él mismo sus primeros *Pequeños poemas*. También el joven diputado á Cortes por Alcira, ha descrito esta escena admirablemente en el prólogo antes citado.

Predicaba en la real capilla—el año último del reinado de D. Amadeo—un joven orador sagrado, valenciano, que llegaba á Madrid, precedido de grande y legítima reputación. Yo entonces ejercía cierta autoridad, más por cuestión de años que de méritos, sobre la Bohemia literaria de buen aspecto, limpia y presentable que había emigrado de Valencia á estudiar doctorado, incoar expedientes ó escribir versos, prosas, y á veces las dos últimas cosas á la par, como me sucedía á mí.

Reuní á aquellos israelitas desterrados en Egipto, es decir, á aquellos valencianos residentes en Madrid, para que entre todos diésemos un banquete al Sr. Rocafull—hoy canónigo de esta Basílica,—en el salón de la casa en que vivía yo en la Puerta del Sol.

Encargáronme de hacer las invitaciones á los valencianos *ilustres,—passez le mot,*—y yo encargué en cambio á la hermosa y elegante dueña de la casa en que vivía, que dispusiese lo necesario para una comida opípara, monstruosa, piramidal, pero de vigilia, porque era en Viernes Santo, y en honor de un clérigo el festín.

Cumplí la misión que se me habia confiado, y allí se reunieron: García Cadena, uno de nuestros primeros escritores y críticos, mal que pese á otros atrabiliarios del mismo oficio; Domingo, el primer pintor entonces y ahora, de mi patria; Amalio Jimeno, enciclopedia viviente de todo género de conocimientos y resúmen de todo linaje de aptitudes; Luis Simarro, que con Pepe Escuder, también paisano nuestro, comparte el privilegio exclusivo en el conocimiento de las ciencias *psíquico patológicas;* Manuel Candela, médico reputadísimo hoy, catedrático insigne de esta Universidad, y poeta de altos vuelos, á no haberlos contenido el ejercicio de su prosáico arte; Luis Alfonso, escritor y crítico atildado, pero, por desgracia para él, á la

usanza de D. Manuel Cañete y de D. Manuel Catalina; Jacobo Sales, con su voz de gigante, su corazón de niño, y su ingenio, propio exclusivamente de esta tierra que tantas semejanzas guarda con la de la Grecia antigua. Allí estaban además, Fernando Angla, quien me ayudaba á redactar un periódico progresista y radical—*La Nación*—fundado por D. Pascual Madoz. Fernando era de la madera de que se hacen los buenos literatos y los hablistas castizos; pero colgó los hábitos, es decir, abandonó las letras y el periodismo, impulsado de una parte por el estado de su salud y de otra por más apremiantes exigencias de la vida; allí, por fin, se encontraba también *Quico Peris*, como cariñosamente le llamaban todos ; trasunto fiel, por intuición y firmeza de carácter de su tío D. José Peris y Valero , era el *reporter*, como decimos hoy, más activo y de más instinto político que he conocido. Le amaban todos y le consideraban mucho desde Zorrilla, en cuyo ejército militaba, hasta Moyano, el Catón del histórico moderantismo.

Tuve la honra de invitar también, y de que asistiera á nuestra comida, á D. Ramón Campoamor. En aquella fiesta de valencianos no debía faltar el del norte, el ínclito asturiano que con inteligencia y tacto sin iguales, había gobernado las tres provincias de mi región, connaturalizándole en ella el amor á su adorada Guillermina.

Antes de la comida nos leyó Campoamor, su *Epístola necrológica* de González Bravo. Aquellos robustos é inspirados tercetos habian sustituido al discurso de recepción en la Academia. La novedad con ser tan profundamente revolucionaria, con atacar de todo en todos usos, costumbres, reglamentos y hasta el característico apego á la tradición de aquellos doctos académicos, fué, sin embargo, recibida con aplauso. La verdad es, que si la tradición perdía, el buen gusto ganaba al ser sustituidos por hermosos versos de Campoamor, los periodos arcáicos y amanerados que componen de ordinario el discurso de entrada de cualquier otro académico.

Comimos alegre y bulliciosamente; las frases ingeniosas se

sucedían sin interrupción; todo el mundo quería hacer gala de su donaire y *sprit.* La presencia de Campoamor, á pesar de la respetabilidad que él tenia por el talento, la edad y la posición, no nos contenia, porque precisamente era él, quien rejuvenecido en medio de aquella naciente generación de literatos y artistas, glorias en canuto y celebridades en embrión, él era el primero en *hacer frases* con la agudeza y oportunidad que le son características.

Después del banquete y aún de sobremesa, quisimos conocer los *Pequeños poemas*, cuya primera edición se había publicado el día anterior. Pocos podían, pues, conocerlos de seguro; nadie los había oido de lábios del autor como nosotros.

Campoamor leyó «El tren expreso» y «Los grandes problemas», con aquella voz llena y sonora, pero dulce é insinuante á la vez; con aquel tono lento, apausado, de rítmico compás, que al principio parece muerto, pero que á medida que avanza en la lectura va tomando tal dominio sobre nuestro oido, que ya no se acostumbraria este á otro acento más variado.

Recuerdo que «El tren expreso» nos embelesó á todos, interrumpiendo muchas veces su lectura con los aplausos calurosos y nutridos, y con las exclamaciones de admiración; pero «Los grandes problemas» nos conmovió profundamente. Las confesiones de aquella niña, cuya ingenuidad ponía en graves aprietos y producía extremas inquietudes en la conciencia honrada y en el no muy maduro juicio del cura del Pilar de la Oradada, nos hacían reflexionar y sentir. Todos hacían esfuerzos desesperados para contener las lágrimas y ahogar los sollozos; todos ménos yo, que dejaba á placer las primeras. Si alguna vez ha podido ruborizarme la idea de haber reido locamente, nunca me he avergonzado de llorar. Flaquezas como ésta, en determinados momentos, si algo demuestran, es la virilidad del espíritu.

Fué un gran día aquel; uno de esos días que los romanos hubieran señalado con piedra blanca; pero que nosotros, poco aficionados á esos recuerdos de cal y canto, nos contentamos con grabarlos en nuestra memoria y esculpirlos en nuestro corazón.

Nadie de los presentes, excepto Cadena y yo, conocía á Campoamor; desde aquel instante fueron sus amigos y venían á compartir con nosotros el afecto y la amistad de aquel hombre extraordinario, y á relevarnos en la grata tarea de leer algún trabajito inédito en la tertulia literaria de su casa, cuando la Academia, el Ateneo ó el teatro de la Opera no reclamaban su presencia.

Campoamor, como antes digo, en su larga carrera política, ha ocupado todos los puestos más importantes, excepto el de ministro, por más que alguna vez haya estado en cartera para ello; y á pesar de las múltiples atenciones que lleva consigo el desempeño de esos cargos, nosotros creemos que ni un solo día se ha acostado sin hacer versos; porque lo que hay en él de más personal, de más saliente, de más inconfundible, es su cualidad de poeta. Le he visto sentado en los escaños del Congreso, haciendo como que oía con aparente atención un discurso kilométrico, y decíame á mí mismo: ¡qué chasco se llevaría quien en este instante pudiera asomarse al pensamiento de Campoamor! Lo que él oye, no es el sonsonete pesado y abrumador de ese Demóstenes degenerado, sinó las voces de su propio espíritu que las percibe envueltas en rítmicas armonías.

Un hecho reciente demuestra hasta dónde llega su pasión por la poesía. El director de esta publicación solicitó de Campoamor la honra de ver en las páginas de ella, el poema «¡Qué bueno es Dios!» Escribió accediendo á los deseos de Manuel Torres, y cuando este le quiso indicar alguna cosa acerca de la parte económica, volvió á escribir Campoamor, diciendo que el poema estaba dedicado á D. Teodoro Llorente; que este señor, puesto de acuerdo con la empresa, comprase un objeto de arte para entregarlo como premio á la mejor poesía que se presente á concurso y que sea de vate valenciano.

Ya lo veis; aún no había acabado él de escribir poesía, y ya queria que otro la escribiera; y hasta el medio de que se vale para conseguir su deseo, es poético.

Me he extendido más de lo que convenia al impaciente afán

del lector, por conocer la última producción del autor de las *Doloras.* Me echo á un lado con permiso de ustedes, para dejar libre paso al último poema de Campoamor.

Felix Pizcueta,

Cronista de Valencia

24 de Enero de 1889.



¡QUÉ BUENO ES DIOS!

POEMA



CANTO PRIMERO

EL ANGEL FIDEL

I.

La bondad de los cielos es tan clara,
Que, con verdad os digo,
Que Dios, con su clemencia, es quien separa
Los actos de la culpa, del castigo.

II.

Hay una cierta historia
Que, uniendo lo divino con lo humano,
Va viviendo del mundo en la memoria



Como flota en el aire lo lejano;
Historia apocalíptica que empieza

En el día infeliz en que nacieron



Y en que á Dios le pidieron
Talento el hombre y la mujer belleza.



III.

El rey de la justicia soberana,
Es de todos los padres el más tierno,
Aunque hay necios que piensan que el Eterno
Es un Dios bebedor de sangre humana.
Por eso, aminorando los horrores
De cuanto hay de más negro en el destino,
El Dios de las estrellas y las flores
Con su labio divino
Dijo al ángel Fidel:—"Que tu pericia
Castigue con razón á los humanos„—

Y con sus Santas manos,
El rayo le entregó de la justicia.



Así fué al brazo de Fidel atada
La justicia divina,

Lo mismo que la cólera camina
Enroscada en el puño de la espada.



Nombrado ya Fidel, Cid de la altura,
Ministro de la muerte y de la guerra,
Por ser tan ambicioso, que en la tierra
Llegaría hasta Abad, si fuese cura,
Al verse tan honrado

Con armas defensivas y ofensivas,



Se quedó contagiado
Del mal de las virtudes excesivas;
Y como ya tenía
Un genio con tendencias á lo horrible,
Y además no sabía

Que todo sér cruel siempre es pequeño,



Haciéndose el terrible
Vivió frunciendo y desfrunciendo el ceño;
Y, aunque no de bondad, de orgullo rico,
Más que justo, inclemente,
Pensó pasar la vida alegremente

Como el gran Federico
Que jamás se aburrió matando gente.



IV.

Así quedó con providente celo
La mano de Fidel del rayo armada,
Cuando Dios sacó el mundo de la nada,
Y lo metió bajo el fanal del cielo.

V.

Aquel rayo forjado el primer día
Con que nunca extermina, aunque amenaza,
Lo ostentaba Fidel con gallardía,
Paseando su importante medianía

Con la altivez de un español de raza;



Y, para honrar la celestial milicia,
Pensando en poner cara de asesino,
Nunca observó su militar pericia
Que la bondad, más bien que la justicia,
Es lo humano que toca en lo divino.



VI.

Y pasó un siglo y dos sin pasar nada,
Mas juzgando á la tierra consternada
Con la muerte de Abel, en el instante
Fidel de rabia ciego,
Sintiendo no tener en el semblante
Para que al cielo y á la tierra espante
Alguna cicatriz de arma de fuego,
Pregunta á Dios:—"¿Mato á ese vil hermano?—
Mas Dios, amigo del dolor humano,
Con celestial ternura
Le responde á Fidel:—"Espera, espera;
Hay horas en la vida de locura,
Mas la hora de Dios es la postrera.„
Y así el Señor, más justo que terrible,
Dejó á Caín de turbaciones lleno

Condenando al malvado á la insufrible
Inquietud natural del que no es bueno.



VII.

Y así fueron pasando
Los siglos como sueños de una hora,



Fidel amenazando,
Y el Señor perdonando
A todo sér que vive, gime y llora.
Y queriendo ejercer constantemente
El rígido deber que se hace odioso,
El ángel, cada vez más inclemente,

Creyendo, cual si fuese un juez celoso
Que no existe en el mundo un inocente,
Viendo su alma feroz, aunque cristiana,
En cierto siglo una moral mal sana,
Le preguntó á su Dios: "Señor, ¿qué hacemos?„
Y Dios con su clemencia sobrehumana
Miró á la tierra y dijo:—"Ya veremos.—



VIII.

Acusando á la misma Providencia
De ser tibia en su celo
Por no esperar Fidel en su impaciencia
Que ninguno al morir piense en el cielo,
Al ver á una mujer, que acabó en santa,
Y á muchas que olvidaron sus deberes,
Fué su cólera tanta
Que le dijo al Señor:—"A esas mujeres
No es posible absolverlas.„—
Mas Dios omnipotente,
Con frases, que caían dulcemente
Como en un vaso de cristal las perlas,



Responde con palabras amorosas:
—"Fidel, ten más clemencia
Con todo el que ha probado en la existencia
La amargura del dejo de las cosas;
Y perdona á la pobre Magdalena
Que, si nó es pura, es más que pura... es buena."



IX.

Ya odiando la bondad de un Dios augusto
Que, solo perdonando, cree que es justo,
Murmuraba Fidel frecuentemente:
—"El mundo está perdido„—
Por no tener presente
Que, más que á un inocente,
Dios prefiere á un culpable arrepentido;



Y el gran Rey de la altura,
Con voz que es una fuente de ternura,

Le dice de esta suerte:
—"Deja siempre el castigo para luego,
Que el hombre á veces ciego
Ve mejor á la hora de la muerte.„—



X.

Sigue Fidel por su excesivo celo
Estudiando dulzura en las panteras,
Como un inquisidor que cree de veras
Que, matando, gana almas para el cielo:.
Y cual siempre, olvidado
De que Dios odia al mal y no al malvado,
Exclama á fuerza de rencor, impío:
—"¡Cuánto crímen, Dios mío!
¿No es hora ya, Señor, de que matemos?„—
Dios misericordioso,
Sepultando lo justo en lo piadoso,
Vuelve á decirle como un rey:—"Veremos.„
Y Fidel iracundo
Queriendo exterminar á medio mundo,
Haciendo también guerra
A los que cree dichosos en la tierra,
Contra todo feliz, á cualquier hora
Quiere lanzar el rayo, porque ignora
Que si el hombre es dichoso algún momento,
Sus días de aflicción no tienen cuento,
¡Y que, del globo en el helado infierno,
La dicha es la excepción de un mal eterno!



CANTO SEGUNDO

ATALÍA

I.

Y después de pasados
Algunos siglos más, un hombre un día

Acusaba á Atalía
Del mayor y el menor de los pecados.
Atalía es variable de tal modo
Que del amor solo ama los placeres,
Siendo de esas mujeres
Que cuentan con el diablo para todo.
Con ojos del matiz de la avellana,
Y el bronceado color de una gitana,
Más que uno á uno, en aquel rostro bello



Pueden contarse á pares,
Como besos del diablo, los lunares
Que esmaltan sus mejillas y su cuello.

Mujer de gran talento
Que, como todas ellas,
Cree que son clavos de oro las estrellas
Con que Dios asegura el firmamento.



II.



Invocando á los cielos
Con la cólera amarga de los celos,
El amante exclamó: —"Dios soberano,
Castiga por traidora
A esta falsa mujer que solo adora
La fácil musa del amor pagano.

Por infiel, por ingrata y descreida,
Mata á este sér maldito,
Cuyo nombre está escrito
En la crónica negra de mi vida.
Esta infiel por quien peno,
Tan mala como bella,
Con el aliento de ella
Se puede envenenar hasta el veneno.
Que la ira de Dios se una á la mía,
Y si al cielo algún día
Se atreviese á llamar, cerrad la puerta;
Porque sé que Atalía
Ha de ser mala hasta después de muerta.„

III.

Al escuchar Fidel tan gran lamento,
Con aires de un actor de melodrama,



Su propia estimación y la del cielo;
Y que más adelante,
Angel á veces, y demonio á ratos,



Se hizo hipócrita, frío é intolerante,
Y acabó en fracmasón de los beatos.

VII.

Y cuando ya á Atalía
Un borbotón de llamas la rodea,
Y la vida futura la atraía
Como atrae el abismo que marea,



Sin dudar un momento
Ni encomendarse á Dios—"Espera„—-exclama.
Y con su diestra mano
Y su instinto de hiena,



Lo mismo que un valiente cirujano
A quien nunca espantó la sangre ajena,
Vengando tal falsía
Se inclina, el rayo toma,
Y mirando á la pérfida Atalía
Como mira el halcón á la paloma,



A un sol que de la tarde á la caida
Ya alumbraba á la Europa de soslayo,
Apunta, lo despide, y parte el rayo



Que le enseña el camino de la gloria;
Y de este modo la mujer amada,
A quien llamó su amante un sér maldito,
Por el fuego del rayo iluminada
Fué á tomar posesión de lo infinito.

VI.



Y cuenta el cronicón de una abadía,
Que por su mucho celo
En juzgar á Atalía,
Perdió el ángel Fidel desde aquel día



Cual si fuese una espada retorcida;
Y como ésta, al brillar, alumbra y ciega,
Mientras al fin de su destino llega,
La atmósfera parece un calabozo,
El cielo un tragaluz, la tierra un pozo,
Y perturbado el suelo,
Quedó todo lo mismo

Que si se hunde sobre el mundo el cielo,
Y el mundo se cayese en un abismo.



IV.

En tan breves momentos
El Dios que ve nacer los pensamientos



Echó desde su expléndida morada,
Por delante del rayo una mirada,
Y como de este modo
Llenó de efluvios de piedad el todo,
Por Dios purificado el rayo luego,
Empezó á verter luz, en vez de fuego,
Y siendo un mensajero de venganza,
Se convirtió en un rayo de esperanza.

V.

Cuando el rayo de muerte
Brilló con nitidez fascinadora
Como, al tocar las aguas, se convierte
La luz del sol en claridad de aurora,
Deslumbrada al fulgor de brillo tanto,
Con el rostro de un niño que despierta,
Atalía de espanto
Pidiendo á Dios perdón, se quedó muerta:
Y mostrando una cara
Más lívida que un mármol de Carrara
Cual si fuese una lápida mortuoria,
Su espíritu ve al fin que para ella
El rayo es una estrella

El pobre amante de tristeza lleno,
Aprendió á perdonar en el Dios bueno;
Y subiendo á los cielos Atalía,



"¡Qué bueno es Dios! ¡qué bueno es Dios!„ decía,
Y fué á gozar las dichas del Eterno,
En vez de ir, por infiel, como debía,
A enseñar nuevos vicios al infierno.

FIN DEL POEMA

PARA TODO EL MUNDO

Biblioteca semanal, cómica, ilustrada, con ribetes de séria

EDITOR: Federico Domenech.—DIRECTOR: M. Torres Orive

Oficinas: Mar, 48, Valencia

Tomos iguales al presente, con artículos, poesias, grabados, música para piano, anécdotas, cuentos, epigramas, conocimientos útiles, economia doméstica, etc., etc., etc.

Van publicados 35 volúmenes.

Texto, de los Sres. Alonso Soriano, Alberola, Blasco, Bustillo, Bobadilla, Campoamor, Cano (D Carlos y D. Leopoldo), Cavia, Dicenta, Estremera, Echegaray, Escalante, Fernández Bremón, Frontaura, Flores Garcia, Gil (D. Constantino), Guerrero, Genovés, Garcia Gutierrez, Jaksón, Jerez Perchet, Liern, Larrubiera, Liminiana, Lustonó, Llorente, Marqués de Villel, Matoses, Monreal, Millás, Martinez Villergas, Navarro Gonzalvo, Nuñez de Arce, Ossorio y Bernard, Palacio (D. Manuel), Pardo Bazán (D.ª Emilia), Pereda, Perez Escrich, Pérez Nieva, Pérez Zúñiga, Querol, Rentero, Rueda, Serra, Solsona, Sepúlveda, Segovia Rocaberti, Sanmartin y Aguirre, Salvany, Sierra, Serrano de la Pedrosa, Salazar, Taboada (D. Luis), Torromé, Trueba, Torres Orive, Urrecha, Valero de Tornos, Velarde, Zorrilla y otros muchos.

Dibujos, de los Sres. Arcis, Brel, Campos, Castro, Cubells, Fradera, Gomez, Novella, Masiá, Miquel, Pando, Ramón Ballester, Saborit, Sempere, Zapater y varios otros.

Música, de los maestros Amorós, Blasco, Fornet, Giner, Hernández, Lleó, Marenco, Pascual, Penella, Rutta y Serrano Mari.

Suscripción á domicilio por séries de diez tomos, en toda España, 2'50 pesetas. En el extranjero los mismos precios, con el aumento que el timbre reclame.

Tomos sueltos, 30 céntimos de peseta.

